

A la misma hora entraban dos hombres en la venta de los Cloqnard, y se colocaban en una mesa en un rincón aislado.

El uno era un marinero, lo cual se veía bien por su blusa de lana y su gorra, el otro debía ser un burgués de Barfleur.

Tocó con su baston sobre el mármol de la mesa diciendo:

—¡Hé! muchacha, una botella, de lo mejor.

 II

Un hombre perfecto.

Juan Perrinot, era tal vez un hombre perfecto, como muchas gentes lo afirmaban, desde Barfleur á Saint-Waast, pero si os encontráis en un camino un hombre que esté cortado por su patron, os aconsejo que desconfieis de él.

Juan Perrinot era un normando, astuto como él solo, más que astuto, ratero y algo peor que que ratero en ocasiones.

Si hubiérais tenido á la espalda una cartera llena de billetes de Banco y esa cartera hubiera valido la pena no hubiera sido prudente cruzar á las once de la noche un camino estraviado. El temor de Dios no le hubiera contenido, solo el de la gendarmeria le producía una saludable impresion.

Juan Perrinot, tenía miedo á los tribunales, no temía á ninguna otra cosa más. La voz de su conciencia era muy débil. No es el único de su especie.

No vayais á imaginaros por este croquis moral que Juan Perrinot, burgués de Barfleur, fuese un prójimo de mala apariencia, ni un salteador de caminos. El error seria grande. Juan

UNIVERSIDAD DE TORO LEO
BIBLIOTECA UHINAS IARIA
"ALFONSO"
Ape. 1625 MONTERREY, MEXICO

era un solteron de cuarenta y tres años, la flor de la edad, admirablemente considerado en el país, concejal, á pesar de lo dicho, que ejercía una porción de honradas industrias, de las cuales la más provechosa era la de prestar á un tanto por ciento muy alzado á los aldeanos apurados en sus negocios.

Era un Bechard elevado á la tercera potencia. Juan desempeñaba también las funciones de comisionista de pesca.

No había dos como aquel mozo para poder saber lo que podía dar una barca en seis meses. Compraba, pagando al contado; pero muy barato, el producto por un trimestre, á los pobres diablos que tenían necesidad y pasaba por un corazón de oro.

En fin, poseía media docena de barcos, que entre todos valían bien veinte mil francos, y los alquilaba á los necesitados atrevidos é infatigables dispuestos siempre á exponer su piel para dar pan á sus familias que se morían de hambre.

Juan Perrinot, entre aquellas gentes ciegas y fáciles de engañar; pasaba simplemente por un industrial sencillo y tratable, para quien todos los medios eran buenos siempre que reportaran algún beneficio.

Si hablamos de él, es porque debe jugar un papel nefasto en los asuntos del baron de Brandes y destruir todos sus planes sin saberlo.

En lo físico, el pescador que le acompañaba, le hubiera aplastado de un puñetazo. La naturaleza había favorecido más á Perrinot en la parte intelectual que en la física. Era bajito, delgado, de cabellos rojos, de cutis rojo y barba roja y muy clara.

La viruela, que le había desfigurado atrozmente, perjudicaba á los encantos de su fisonomía.

Además, el usurero—porque se le puede dar este título en confianza—era de una flaqueza extrema, flaqueza que provenía, tal vez de ciertos desórdenes de su vida, de los cuales se ha-

blaba en el país, pero con mucha reserva. Nadie quería atraerse la enemistad de aquel hombrecillo que debía tener más hiel y más veneno que carnes.

Su traje era el de un propietario acomodado y poco cuidadoso de su persona y de su ropa. Por lo demás, era discreto y cortés, demasiado cortés quizás, sobrio en palabras, pero jamás franco; su andar era oblicuo y tenía un vago parecido al de los animales carnívoros y cobardes que vagan por la noche acechando á sus víctimas para lanzarse sobre ellas por sorpresa.

El retrato es halagüeño. Perrinot era más feo que lo hemos pintado sobre todo en lo moral. En el fondo inspiraba un terror supersticioso á sus convecinos y paisanos. Solo por necesidad se acercaban á su antro, una casa bastante buena, aislada, á la salida de Barfleur en la carretera de Balognes. Pero no hubiérais encontrado un vecino que os diera en alta voz otros informes de él, que los que encierran estas tres palabras:

—*¡Un hombre perfecto!* mi querido señor.

Sin embargo, corrían ciertos rumores acerca de él en el país. Se contaba, pero esto en el rincón del hogar, bajo la campana de la chimenea, que Juan Perrinot tenía una pasión, una gran pasión... las mujeres. Pero esto no era más que un ligero rumor, casi un murmullo, nadie se atrevía á precisar una acusación. Esto prueba lo prudente que es el normando.

Todos rehuían las cuestiones con aquel ser venenoso como un escorpión y subterráneo como un topo, cuyo cerebro trabajaba sin cesar para buscar la manera de perjudicar al prójimo. Lo cual no impediría que si á causa de tales rumores hubiéseis sentido deseos de saber la verdad, cualquiera de Barfleur, ó de sus alrededores, os hubiera repetido rascándose la oreja:

—*¡Es un hombre perfecto!* No ha estado jamás en los tribunales! ¡No debe darse crédito á

esas habladurias! ¡Las gentes de por aquí tienen una lengua muy venenosa!

En la tumba de las Langostas tardaron en servirle. Los Cloquard tenían un carácter independiente y no le estimaban. Sin despreciar su dinero, hubieran visto con indiferencia que lo iba á gastar á otra parte, Genoveva no le podía ver. Cuando él llegaba se ponía á trabajar y parecía complacerse en hacerle esperar. Varias veces había intentado el usurero propasarse con ella y había sido rechazado bruscamente.

Hasta la tercera llamada no oyó Genoveva.

—¿Qué es lo que queréis?—preguntó.

—Vino. Una botella de lo mejor.

—¡Allá voy!

Iba allá en efecto, pero sin prisa. La partida de Santiago de Brandes la había puesto de mal humor. Tenía debilidad por el baron; pero este ni siquiera pensaba en la pobre muchacha. Su espíritu estaba en otra parte.

Así es el mundo. Se desprecia lo que se tiene al alcance de la mano, para correr tras de lo imposible.

Cuando Genoveva volvió, trayendo dos vasos y un frasco, cuya boca estaba tapada con lacre encarnado, lanzó al usurero una mirada diciéndole para su capote:

—¿Qué maquinará ahora este viejo ratero! ¡Alguna picardía!

Y como Perrinot la tocara con su amarilla y seca mano en el robusto talle, mientras ella quitaba el lacre con el descorchador, le dió con él en los dedos, diciendo:

—¡Las manos quietas!

—¡Oh! ¡oh!—exclamó el usurero—no está de buen humor la niña... ¡diantre!

—¿No soy heno para vuestros ganados, ¡lo entendeis?—dijo Genoveva con dureza.

El usurero se mordió los labios, y los ojos se le inyectaron por la bilis.

Genoveva no estaba allí ya; en un momento había llenado los vasos y se había marchado.

—Bebed, patron—dijo Juan á su compañero, frotándose los dedos, que aún le dolían.—¡Esto es un bálsamo!

—A vuestra salud—dijo el otro.

Aquel hombre era un viejo marinero; no podía dudarse de ello al verle. Su grueso chaleco de punto, muy ordinario, de un azul oscuro, lavado por el agua salada y modelando su enorme busto; su andar, cuando había llegado, con ese balanceo propio de los marinos habituados á los vaivenes y á los cabeceos del barco, y su piel, bronceada por las asperas brisas de las noches glaciales, le hubieran delatado á los ojos de los más inexpertos.

Este alto y valiente normando, era uno de los siervos de aquel animal carnívoro que se llamaba Juan Perrinot y que devastaba á Barfleur y á sus alrededores.

Se llamaba Juan Launay.

Cargado de familia, con seis pequeñuelos, á los cuales era necesario dar de comer, y una mujer no despreciable, no había podido salir jamás de la miseria. Patron de una balandra que se había visto obligado á vender al usurero por un pedazo de pan, á pesar de su valor y de su trabajo, ganaba lo indispensablemente necesario para no dejar morir de hambre á su *pollada*, como él decía. Porque deducido del producto de la pesca, lo que pagaba á los dos marineros que con él tenía y el enorme alquiler que pagaba al usurero por la balandra, la cantidad que le quedaba era insignificante.

—Bebed, patron—repitió Juan—este vino es suave como el terciopelo. Esto anima al trabajo.

—No es ánimo lo que falta, sino suerte—dijo Launay.

—Ella vendrá. ¡Ahí teneis á vuestros hijos, que crecen, y os ayudarán!

Era verdad.

La cara del pobre hombre se iluminó. Sus hijos crecían y presentaban buenas disposiciones. Se zambullían en el puerto como pollos de ánade, se

escurrian entre dos aguas, como sardinas. Un día no lejano, podrían reemplazar á los dos marineros que su padre tenía en la balandra. Toda la familia ganaría.

La desgracia era que el gobierno se los llevaría, y sería preciso trabajar en su ancianidad como ahora,

No era por hablar de aquellas cosas, por lo que Juan Perrinot servía al patron aquel buen vino, que debía costar más de treinta sueldos la botella.

Perrinot no echaba sus luises ni sus francos por tan poco en el bolsillo de los Cloquard.

—¿Y Aubin?—dijo el usurero.—¿Qué haceis de él? ¿No os estorba?

—¿Por qué diablos podia Simón Aubin estorbar á los otros pescadores?

El patron Launay se admiró de aquella pregunta.

—El mar es ancho—dijo.—Hay sitio para todo el mundo. No, Vicente no nos estorba. Yo no le deseo mal ninguno á ese pobre hombre.

La cara del usurero se contrajo con una ligera mueca.

—Dicen que se aventura demasiado y podria costarle caro.

El pescador encogió sus potentes hombros.

—Como los demás—dijo.—Vale más estar descargando en un muelle todo el día, que lanzarse con una barca ó chalupa por esta costa. No es buena. Tiene mal fondo en todas partes y causa muchas desgracias.

—¡Ah!—dijo Juan.

—¡Diantre! ¿eso ocurre tan á menudo! Para Aubin sería una desgracia. ¿Quién mantendría á su viuda y á sus hijos?

Se comprendía que el patron era sincero.

Tal vez Juan Perrinot tuviese alguna intencion, pero no se atrevió á exponerla.

Launay era de buenos sentimientos y refractario á las malas empresas.

Nada podia hacerse con él. Cuando se tiene un alma como la del *hombre perfecto*, se sueña

á veces en empresas que es preciso desempeñar por si mismo.

—Suya sería la culpa—dijo el usurero.—Aubin es demasiado atrevido.

—Bien, si, sería suya la culpa, seguramente—respondió Launay, que defendía á su compañero,—pero el oficio lo requiere así. Vos sabeis que quedándose en casa no se gana nada. ¡Preciso es lanzarse!

—¿No me habeis contado?...—preguntó el usurero.

—¿Que una noche cuando estaba en los Reniers estuvo á punto de quedar allí?

—Sí.

—Sí, el invierno pasado. Mientras que él buscaba cangrejos, la barca fué arrastrada por una ola. La amarra se rompió. Soplaban un viento infernal. Nosotros se la condujimos allí. Sin eso su cuenta estaba hecha. Las rocas no se descubren más que un momento. Despues todo ha concluido. ¡Uno más á los cangrejos!

—¿En los Reniers?—Preguntó Juan.

—Es su sitio favorito, le gusta mucho pescar allí.

—¿Y á vos?

—Me gusta más pescar en alta mar, pero con su barca no puede ir muy lejos. Para los moluscos es buena, ¿entendéis?

—Iré un día con vos—dijo Juan—quiero ver eso.

El pescador respondió sencillamente:

—Sois el amo. El verdadero patron sois vos. Genoveva, que andaba por los alrededores, cogió dos ó tres palabras de la conversacion.

Perrinot y el pescador hablaron de la guerra. No habian llegado aun las noticias á Barfleur, pero no se hablaba de otra cosa.

Se contaba con ella.

—Todos nuestros pobres jovenes van á marchar—dijo Launay.—El pais va á quedar desierto; ¡soy demasiado viejo, pero si hubiera necesidad daría de buena gana mi vida por la patria!

Habia sido marinero á bordo de los barcos del Estado y conservaba en su aspecto, en su perfecta limpieza, uno de esos reflejos del servicio que se notan á primera vista. El usurero le habia llevado á la *tumba de las langostas* con una intencion. Pero acababa de cambiar de parecer.

Su plan estaba trazado.

Como los grandes capitanes, él, tomaba sus decisiones con rapidez.

Puso una moneda de cinco francos cerca de la botella vacia.

—La vuelta—dijo á Genoveva.

—Tomadla—contestó secamente la muchacha.

—Hasta otra vista, chica—repuso él recogiendo el cambio;—procura ser ménos feroz otra vez.

Genoveva no contestó; le miró de pies á cabeza con desdén, y cuando hubieron salido dijo, dirigiéndose al tío Cloquard, que estaba tendido en un banco tomando el fresco:

—¡Launay es un buen hombre; pero ese Juan es un canalla!

—Y otra cosa peor—añadió Cloquard;—pero cuando se necesitan parroquianos es preciso contener la lengua.

—La mesa está puesta; venid á comer, amo—dijo Genoveva en tono de mal humor.

Cuando el usurero y el patron de la balandra llegaron á la puerta, la noticia de que la guerra estaba declarada acababa de esparcirse. Todos los hombres se reunian delante de la iglesia para hablar de este gran acontecimiento.

Juan Perrinot se mezcló un minuto á la multitud, y habiendo notado que estaba allí Aubin, que escuchaba con mucha atencion lo que se decia, se fué ocultando, y ganó una calle extraviada, que siguió en un trayecto de unos cien metros.

Algunas casas de un solo piso, se elevaban de trecho en trecho en medio de jardines.

El dia descendía con rapidez.

Serian las ocho y media.

Cuando llegó á las últimas casas de la callejuela, que formaba un recodo en este sitio, se detuvo en el ángulo de la pared de un jardin.

Un ardiente deseo iluminó sus ojos.

Acababa de ver á una mujer jóven, sentada delante de la puerta, en una tabla sostenida por dos estacas fijas en el suelo.

Hacia media con rapidez.

No se puede decir que fuera lo que se llama una belleza; pero poseía esa cualidad del encanto que atrae. Rubia y muy blanca, á pesar de andar siempre al aire libre y del ardiente sol del verano, estaba más compuesta que lo están de ordinario las mujeres de los pescadores, y tenia cierta distincion de que carecen la mayoría de ellos.

No era en verdad ni una marquesa ni una mujer de mundo, era una hija del pueblo, fresca, con los brazos desnudos, el talle esbelto y el pecho muy blanco, algo descubierto porque tenia el justillo desabrochado á causa del sofocante calor que se sentia y confiando en que era ya casi de noche.

Al sentir los pasos de Perrinot, levantó la cabeza. Perrinot se destacó de la pared y se dirigió hácia ella diciéndola:

—¡Buenas noches tenga la hermosa!

—¡Ah! Sois vos, señor Perrinot.

—Si, soy yo.

La mujer miró á los dos extremos de la callejuela con visible ansiedad, como si tuviera miedo de que alguien oyera lo que se iba á decir.

—¡Seguis siempre tan esquiva?—dijo el usurero.

—Siempre.

—Debiera tomar mi partido; pero por desgracia no puedo. Haceis mal en rechazarme. Puede llegar un tiempo en que tengais necesidad del bolsillo de un amigo. Vuestro protector ya está en la sepultura.

—¡El señor cura Hubert? ¡Un santo hombre!

—Que os queria.

El usurero se apoyó en la pared al lado de la mujer, y añadió:

—Os mostrais soberbia porque teneis á vuestro hombre; pero si él llegará á faltaros sería preciso humillarse. ¡Y un hombre pesa muy poco para el mar cuando éste se alborota!

La joven se puso á trabajar con más actividad á fin de ocultar su palidez.

Pero Perrinot continuó:

—Entre nosotros no faltan viudas. En caso de desgracia es muy bueno contar con un amigo verdadero, cuyo bolsillo esté repleto.

—Callaos—le dijo la joven—¡Creeis que no tenemos bastantes penas sin las que vos me causais!

El usurero se acercó más á la joven y bajando la voz dijo:

—¡Vamos, humanizaos! ¡Me volveis loco! Todas las mujeres del país juntas no valen tanto como vuestro dedo meñique, Magdalena. Vos impondreis condiciones.

El usurero quiso cogerla la mano.

Magdalena le rechazó sin cólera, más bien con tristeza.

—Marchaos, y no volvais más. Me callo por evitar desgracias. Si mi marido supiese vuestras intenciones, os aplastaría como se aplasta á un gusano. A mí vuestras palabras me causan horror; pero las desprecio y las olvido.

Perrinot no se incomodó y la lanzó una lasciva mirada.

—No sé qué teneis—la dijo—para hechizarme. ¿Qué es lo que deseais? No teneis más que hablar.

—Nada.

—¡Ya cambiareis!

—No lo creais. Amo á Aubin, y no amaré en la vida á nadie más que á él.

—Está bien. Cuando me necesiteis me buscareis, pero hariais mejor en escucharme ahora. Evitariais tal vez cosas...

No acabó.

La mujer del pescador le miró con sus profundos y lípidos ojos.

—¡Marchaos de aquí!—le dijo.—¡Y sea lo que Dios quiera, nos conformaremos con su soberana voluntad!

—¡Hasta la vista, pues!

El usurero marchó sonriéndose para ocultar su despecho.

Las dos niñas que vimos en la venta de los Cloquard salieron de un jardín y fueron á arrojarse en los brazos de la pobre mujer, quien las estrechó con ardor febril.

Sesentia amenazada de un peligro desconocido. Pero cobro confianza.

¿No estaba allí Aubin para protegerles?

Cuando esto pensaba le vió que volvía del puerto.

—Sabes—la dijo al llegar—que parece que la guerra está declarada. Buenos sablazos se van á dar. Será cuestion de que vayamos todos.

—¿Tú también?—dijo Magdalena.

—¡Yo como los demás!

—¿Qué será de nosotras tres entonces?

La extranjera, aquella niña que el señor cura Hubert les había llevado una mañana, Juana Barfleur, era de la familia. Ni el marido ni la mujer la consideraban de otro modo que como á hija.

—¿Qué quieres?—dijo Aubin.—Si es preciso marchar, marcharemos. Los que queden no os dejarán morir de hambre. Pero aun estamos aquí, y además, ¿no teneis al tío Roguet? tu tío el de Landemer; jese es rico!

—¡Oh!—dijo Magdalena, con una especie de terror—no debemos contar con él.

Y despues de una pausa añadió:

—Perrinot ha estado aquí hace un momento.

El rostro de Aubin se oscureció.

—Perrinot es un pájaro de mal agüero y no me gusta verle andar por aquí. ¿Qué venia á buscar?

—Nada. A hablar, á contar tonterías... Solo que tiene razon.

—¿En qué?

—Dice que te espones demasiado...

El pescador se encogió de hombros.

—¿Qué le importa a él eso? No le escuches. Que se vaya a contar sus historias a otra parte, porque si yo le encuentro dando vueltas alrededor de nuestra casa, le divido por las riñones.

Aubin entró en su casa.

Magdalena y las dos pequeñas les siguieron.

Magdalena echó los brazos al cuello de su marido y le dijo al oído:

—Es igual. Tiene razón. Te espones demasiado. Si tú mueres, moriré yo también. ¿Y qué sería de estas dos criaturas, di?

Aubin la cogió por el talle con sus dos brazos y la besó.

—Vamos,—dijo—ese mal hombre es quien te ha imbuido esos temores. ¡No tengais miedo, queridas mías; aquí estoy yo!

III

Corazon de cobarde.

El tiempo había trascurrido.

Las noticias eran cada vez más sombrías, muy oscuras la mayor parte de las veces, pero aterradoras.

Las esperanzas se desvanecían unas tras otras.

Los hombres con quienes se había contado frustraban las esperanzas de la patria y los alemanes avanzaban hacia el corazón de la Francia.

Paris era atacado. Metz estaba bloqueado, Bazaine permanecía inactivo, él que tenía a sus órdenes lo mejor del ejército, un cuerpo de ejército valiente, dispuesto a todo género de sacrificios; las tropas se organizaban trabajosamente; estaban mal armadas y peor vestidas, en una estación en que se aproximaba uno de los inviernos más rigurosos de que se conserva memoria; tal era la siniestra realidad de la situación en los últimos días de setiembre.

Las familias del Este, invadido por las hordas enemigas, y los parisienses despavoridos, llenaban las posadas, los castillos y los pueblos de la Normandía y de la Bretaña.